

Inmigración y Educación.

Una visión desde la perspectiva de la sociedad española

D. Tomás Calvo Buezas

*Director del Centro de Estudios sobre Migraciones y Racismo (CEMIRA)
Catedrático de Antropología Social
Universidad Complutense de Madrid*

Muchas gracias. Se ve que la presentación me la ha hecho un amigo y siempre es el peor momento que paso, cuando voy a dar una conferencia.

Queridos amigos y amigas, aunque el currículum ha sido largo, yo voy a añadir un dato que explica mi pasión por la escuela, y que a todos vosotros os llame de tú y que os considere amigos. Yo nací en el piso de arriba de una escuela rural de Extremadura; mis primeros sonidos son: dos por dos, cuatro; tres por tres, nueve; yo aprendí a gatear cuando la chica que me cuidaba, entraba a la escuela de mi mamá y, mientras escribía en el encerado, me entraba por una puerta lateral, porque iba a ver al novio; y mi primer maestro ha sido mi papá, que estuvieron cuarenta años en una escuela rural extremeña; mis hermanos también han sido profesores de Instituto y yo soy profesor de universidad. En consecuencia, junto a mi vivencia de emigración (pero emigración de lujo, como profesor) pues he vivido fuera de España nueve años, el título máspreciado, para que yo esté aquí con ustedes –el “ustedes” me sale por mis cinco años en América Latina- para conversar sobre este tema es mi especial vivencia personal con el mundo de la enseñanza y particularmente con el profesorado.

En vez de dar datos, pues muchos de ellos ya los ha dicho la señora ministra, o dar orientaciones pedagógicas o programas, voy a intentar exponer el tema del reto y del desafío de la educación de los niños emigrantes, en una coordinada mundial. La escuela está en España, España está en Europa y Europa está en el mundo, son cosas obvias, pero es lo obvio lo que hay que señalar para dar una educación, llámese intercultural o como se desee, de fondo, para situar a los niños en qué mundo viven. Este es el problema. No es que nos hayan venido cuatro marroquíes, cuatro latinoamericanos, sino en el mundo en el que viven y vivirán todos los niños y adolescentes, españoles y extranjeros, que hoy tenemos en nuestros centros escolares. Por consiguiente, voy a partir del escenario mundial, después, aunque no tanto, del escenario europeo y más tarde trataremos sobre la inmigración en España y cómo se refleja este fenómeno en la escuela, aportando, si me da tiempo, algunos datos de un proceso continuado de encuestas que yo he realizado desde 1986 hasta el momento presente sobre actitudes de los escolares ante otros pueblos y culturas.

Si echamos una mirada al mundo contemporáneo, observamos una serie de fenómenos aparentemente contradictorios, pero que están dialécticamente relacionados. Por una parte, nunca como ahora formamos parte de lo que se ha llamado la aldea global, es decir, un espacio de comunicación y de intercambio que se suele llamar mundialización, y que tiende hacia el universalismo, hacia la integración y hacia la globalización. El mundo se ha convertido en una plaza grande, donde se mueven gentes de todas las razas y culturas; y en un gran mercado donde libremente transitan capital, tecnología, recursos, empresas y productos, no así libremente personas. Algunos analistas explican este incremento de la integración universalista, entre otros factores, por el triunfo del capitalismo liberal de naturaleza transnacional y expansionista: el capitalismo no es, primordialmente, nunca nacional, nunca racista, nunca religioso, sino que su objetivo prioritario es el máximo beneficio económico. Según esto se aliara con unos y con otros, según sus intereses a corto, medio o largo plazo. Y en ese sentido, el capitalismo es universalista, ya que está por encima de los estados, de las naciones, de las etnias y de las religiones. Este triunfo del capitalismo liberal explicaría la ruptura de fronteras étnicas y culturales cerradas. Con la caída de los estados comunistas, según algunos analistas, el imperante capitalismo habría desarrollado aún más su dimensión universalista, integradora y globalizadora. Esto nos explicaría una coordinada creciente en el mundo actual: que no existen islas, que no

existen poderes absolutos, sino que hay poderes que se entremezclan, económicos y políticos, por encima del poder de las naciones, de las ideologías o de los grupos. En este sentido, esto sería una incitación para superar las barreras de la nación, de la lengua, de la religión, etcétera, para unirnos en una comunidad humana más universalista. Ahora bien, y por eso aquí hay que analizar los procesos dialécticos, el mundo camina hacia la globalización como fenómeno social –otra cosa son los efectos negativos- pero a la vez, y esto es lo que quiero resaltar en mi discurso, cuanto más nos universalizamos, más nos retribalizamos en el ámbito simbólico. Es decir, que se da, por una parte, una destribilización –por ponerlo en lenguaje antropológico- estructural y económica; nunca como ahora el mundo se ha relacionado tanto en el mercado, en las comunicaciones, en las nuevas tecnologías, en internet, etcétera. Pero eso no conlleva, la destrucción de las afinidades localistas, particulares o singulares, sean de origen étnico, nacional, religioso, etc. Por tanto, la dialéctica es que a mayor globalización, mayor localización. Luego el desafío es cómo nos sentimos y hacemos sentir a nuestros niños, que viven en un mundo universal, ciudadanos del mundo –que hay que desarrollar aún más, porque el otro extremo, el localista, está más desarrollado- y, a la vez, legítimamente, también debemos y deben sentirse nuestros escolares, ciudadanos de alguna parte.

Esta localización, esta ruptura dialéctica contraria a este espíritu universalista, aunque hay otros factores, se debe también al capitalismo, que a la vez que “universaliza”, genera hondas diferenciaciones entre naciones y sectores sociales. El capitalismo, a la vez que integra la producción y el mercado, conlleva al incremento de la competencia entre los diversos sectores sociales y entre los diversos países, distancia aún más el Norte y Sur; y jerarquiza aún más la estructura desigual del poder económico en manos de la docena de países ricos del primer mundo. Este proceso contrario y dialéctico debilita la soberanía nacional y las lealtades de etnia y religión, que son las más fuertes. Pero a veces existe el peligro de que estas fuerzas sociales, en vez de mantenerse en un equilibrio o contenerse, exploten. Esto no lo justifica, pero explica social y estructuralmente que algunos países reaccionen en un exagerado fanatismo étnico, nacionalismo violento o fanatismo y fundamentalismo religioso. Estos tres fenómenos son condenables, pero son producto de la presión del proceso de homogenización mundial que, a través de las tecnologías capitalistas, entra como un “tanque” en países muy diferentes, no de forma suave y progresiva; y existe el peligro de que quieran luchar contra el tanque, aunque al final el tanque los arrase y los destruya.

En este sentido, algunos autores hablan de cómo en nuestra sociedad moderna de consumo opera un proceso universalista de cierta homogeneidad económica, cultural y social, que es la tendencia al pensamiento único y que podría metafóricamente denominarse como destribilización en el ámbito estructural, pero a la vez se produce dialécticamente como en un espejo cóncavo un proceso inverso particularista, etnocéntrico y nacionalista de retribalización en el ámbito simbólico de identidad étnica. ¿Qué quiere decir esto? Que la tensión entre universalismo y particularismo no debe resolverse rechazando un término: universalismo versus particularismo o particularismo versus universalismo, sino que el desafío de siempre y el desafío más del futuro es cómo nos educamos, tanto la sociedad, que debe ser la primera sociedad educativa, las escuelas, los maestros y, por tanto, los niños y en cómo nosotros sabemos manejarnos en este mundo, donde hay que ser ciudadanos del mundo y, a la vez, tener particularidades étnicas.

Algunos pensadores a los que yo respeto muchísimo y entre los que se encuentran algunos españoles, ante estos desafíos piensan de la siguiente forma: ¿cuáles son las causas de la guerra? Las guerras más frecuentes ha sido por nacionalismos, por lucha de religiones y de etnias, o por choque de civilizaciones. Entonces, hay sólo que ser ciudadanos del mundo, renunciando a las identidades, que ellos llaman “tribales” de nación, religión y etnia. Es decir, las identidades públicas religiosas, las identidades públicas nacionales o las identidades públicas étnicas son una amenaza a la convivencia del futuro universal del siglo XXI, porque ésas han sido las causas de millones de muertos del siglo XX. Mi posición teórica es otra. Aceptando que el amor o la identidad nacional, religiosa y étnica, por poner las tres causas principales de las guerras y de los conflictos, pueden ser ocasiones de

conflicto, la solución no es acabar con estas identidades "particularistas", sino cómo las mantenemos en sus legítimas y beneficiosos límites. Es muy fácil para un intelectual como nosotros, después de que hemos tenido una fuerte identidad con España, aunque ahora menos, o religiosa, aunque ahora menos, desprendernos de ciertas identidades. Yo miro a una persona y pienso: éste reza como yo, éste se parece a mí, éste habla como yo, y yo me siento identificado y unido a él, lo cual me proporciona seguridad y el bienestar de la pertenencia. Ahora bien, las necesidades individuales no siempre coinciden con las necesidades grupales. Una persona puede vivir plenamente como hombre o como mujer sin haber conocido nunca jamás ni hombre ni mujer; puede plenamente ser persona humana sin haber ido nunca a un médico ni haber tomado una medicina; puede plenamente ser persona humana sin haber entrado en ninguna iglesia. Pero no hay grupo humano que no tenga el equivalente funcional a cualquier nivel social, una referencia de reproducción, es decir, unas normas de cómo reproducirse sexualmente o cómo resolver los problemas de salud y enfermedad, o cómo resolver los problemas de la justificación ideológica y simbólica.

Por consiguiente, el desafío no está en destruir las identidades singulares; el desafío está en, cómo siendo español, extremeño –en mi caso–, hispanoamericano, europeo y mundial – es una opción: yo cuando voy a Europa, que voy bastante por mi cargo, me siento en casa de mis primos y cuando voy a América Hispana me siento en casa de mis hermanos-el desafío está en como- articulo yo esas identidades, respetándolas, pero en cada momento valorando más lo que me une con los otros, es decir, articulando a la vez el universalismo con la particularidad. Porque la parte más débil siempre se rompe por lo universal e intentando valorizar más lo que nos une que lo que nos separa: yo soy hombre y usted mujer, pero por encima de eso, somos personas; yo soy cristiano y usted musulmán, pero lo que más vale, no es que usted sea musulmán y yo cristiano, sino que somos personas humanas. Lo que pasa es que la persona humana nunca nace persona humana, sino que siempre nace con máscaras, aunque sea de valor secundario; una persona nace y le hablan la primera vez en una lengua, le meten en un grupo cultural; y tenemos que desmontar por procesos educativos cómo hay que amar a esa máscara de lo singular (nacionalismo, étnico, religioso), pero lo importante es amar y valorar el "ser persona", que es lo que tengo de común con todos los seres humanos, y es lo más valioso y grandioso que todos tenemos. Esto se aprende por procesos educativos, es lo que se llama educación en valores. Pero yo advierto de este peligro de algunos bienintencionados intelectuales, que para resolver el problema entre universalismo y fanatismo, aconsejan que hay que romper con lo particular. Entonces ¿cuál es el límite? El límite es cuando mi identidad se convierte en una identidad asesina, el límite es cuando mi religión se convierte en una religión idolátrica, es decir, cuando yo soy capaz de matar por mi país, por mi lengua o por mi religión a inocentes he convertido algo bueno en algo podrido; si el marisco se pudre no hay que decir: no comamos más marisco; no, mantengamos el marisco, que es muy rica su carne, en condiciones adecuadas. Hay que educar para que no se caiga en el ataque a lo singular, a la religión de muchas personas, que para ellas es algo valioso aunque no lo sea para mí, o el desprecio a una etnia o a un país. Por otra parte hay que evitar que se caiga en el fanatismo o en la idolatría de la patria, de la religión o de la etnia, porque, si no, se convierte en un ídolo, que significa, tomando una metáfora religiosa, cuando yo adoro a algo como si fuera Dios, y a Dios nadie le ve ni nadie le oye. Por tanto, de tejas para abajo no hay que adorar a nadie, ni a mí mismo ni a mi mujer, sino amar, que es otra cosa muy distinta de idolatrar, es decir amar la patria, la religión, la etnia, pero sin idolatrarla, valorando más nuestra universal dignidad humana por encima de toda ideología, etnia y nación. Por otra parte, la globalización no es nueva. La historia de la humanidad es la historia de las civilizaciones y la historia de las civilizaciones es la historia de las migraciones. El hombre es el ser más emigrante de la tierra y, por tanto, las fronteras son legítimas, de ahí que el Estado pueda y deba legítimamente, legislar sobre quien entra y quien sale, pero el derecho de fronteras es secundario al derecho primario natural de que la tierra es el planeta de todos los humanos. Si existen fronteras es para ordenar la convivencia mundial según las necesidades humanas que son primarias; por tanto, no hay que olvidar nunca esto: el planeta tierra pertenece a todos los humanos, ciudadanos del único mundo que habitamos.

En segundo lugar, vivimos en un mundo planetario intercomunicado y desarrollado, pero con dos características: económicamente, injustamente distribuido; y demográficamente desequilibrado. Esto tiene que ver con el niño que va a la escuela, no estoy hablando de las nubes: al niño hay que "educarle", como partícipe y ciudadano del mundo y de sus problemas universales. Solo así comprenderá la emigración, y a los niños emigrantes en su escuela.

El 20 por ciento de la población del mundo, en el que están incluidos la mayoría de los españoles, son unos privilegiados, que tienen acceso al 80 por ciento de la riqueza del mundo. Esto quiere decir que un 80 por ciento de la población del mundo solo tiene acceso al 20 por ciento de los recursos de la tierra. Otro dato es que 325 familias de la tierra tienen el equivalente a 2.600 millones de personas. Y tres personajes: el señor Bill Gates, el príncipe de Brunei y un industrial norteamericano, tienen el equivalente a 600 millones de los más pobres, que en general son africanos. ¿Qué quieren ustedes que en un mundo así, tan injustamente repartidos no haya emigraciones?.

Por consiguiente, la emigración es un fenómeno estructural. A nivel del sistema económico mundial, los más beneficiados somos los países ricos, que somos los antiguos colonizadores; hay que decir también que la base de la industrialización y del capitalismo industrial fueron las antiguas colonias.

Además de un mundo injustamente distribuido, es un mundo demográficamente desequilibrado. Los países ricos económicamente son pobres demográficamente, mientras que los países industrialmente pobres son ricos demográficamente. No vamos a dar datos, pero ya sabemos que España ha llegado a los cuarenta millones, gracias a la tasa de los inmigrantes, ya se ha hablado de los que necesitamos. Yo creo que hay que tener mucho cuidado con los datos y con las previsiones, en cuanto a que dentro de 25 ó 50 años los escenarios demográficos pueden cambiar, porque se parte de escenarios con una inmigración cero y no es lo mismo que venga con familias. Pero bueno, las tendencias demográficas no cambian, por lo menos a medio plazo. Y si la economía española va bien, la emigración continuará. La economía española a nivel mundial va bien, porque en este país nos hemos olvidado de que somos más de 200 naciones y que nosotros hacemos el número trece, quince o diecisiete, según lo mires, de mayor riqueza y desarrollo. Otra de las amnesias que tenemos, es que, además de haber olvidado de que hemos sido inmigrantes, hemos olvidado que hemos sido pobres. Yo he sido hijo de maestro y maestra, mi padre estudió en Cáceres y mi madre en Salamanca, y me echaban una naranja los Reyes y no comía pan blanco. A mis hijos se lo cuento y me dicen que no les hable de prehistoria.

Por tanto, demográficamente a corto plazo, *rebus stantibus*, si siguen las cosas así, la economía española lo va a necesitar, no sólo la industria, sino que todos nos estamos beneficiando –nos van a limpiar la casa o a la abuelita nos la cuidan veinticuatro horas- de estas ventajas. Hay un dato en este sentido y es que está previsto que en cincuenta años Europa pierda 124 millones, que Sudamérica tenga 287 más, que África tenga 1.200 millones más y que Asia tenga 1.750 más. Dicho de otra forma, Europa representaba el 22 por ciento de la población mundial y África sólo el 8, después de la segunda guerra mundial. Actualmente están en proporciones similares, el 13 por ciento de la población del mundo cada uno, pero para el 2050 se habrá triplicado la distancia entre Europa y la más poblada África. Hace cincuenta años España tenía tres veces más población, que Marruecos y ahora están en proporciones similares, pero dentro de cincuenta años Marruecos será un 60 por ciento más poblada. Mientras esto se mantenga y siga el envejecimiento de la población que demanda muchos servicios, este problema será estructural, y en consecuencia continuarán las migraciones. En consecuencia, no hay que mirar sólo a los inmigrantes como mano de obra, aunque haya que considerarles también. Cuando se dice "pedimos mano de obra y llegaron personas y yo quería un trabajador", hay que tener en cuenta que un trabajador tendrá que dormir en algún sitio, podrá tener familia, tendrá que tener ocio, tendrá que ir a una iglesia o a la discoteca. Por tanto, hay que mirar el fenómeno de la inmigración, atendiendo a las consecuencias globales, es decir hay que prever las

necesidades de vivienda, salud, servicios sociales, ocio y religiosas de la población inmigrante. Voy a decirles un dato en este sentido: la mujer española, saben ustedes, que tiene una de las tasas de fertilidad más baja del mundo, un 1,02 por mil, es decir, un niño y una manita, y la media a nivel mundial es de un tres por mil. Es decir vamos a necesitar trabajadores inmigrantes en el futuro y tenemos que adecuar las políticas sociales a esos nuevos grupos de residentes entre nosotros.

Pasemos ahora a nuestro mundo europeo. La Europa comunitaria, por primera vez en su historia, tiene de 20 a 26 millones de inmigrantes, contando ahí también a sus hijos, que no son europeos, que no son blancos, que no son cristianos y que no hablan una lengua indoeuropea. Tenemos que aceptar -aunque sabemos muy bien que Europa se ha hecho de muchas etnias y cruces- que Europa es cristiana, es blanca, es grecorromana, pero que Europa es también musulmana, es judía y es asiática -y no lo digo yo, sino el Consejo de Europa-, tenemos que aceptar esa diversidad como un hecho enriquecedor. De ahí el desafío y el reto de cómo construimos la nueva Europa. Cuando a una casa vienen muchos, las dificultades son mayores y tiene sus incomodidades, pero también más posibilidades de enriquecimiento mutuo. A esto ya haremos referencia, cuando hable sobre los inmigrantes musulmanes.

Este es el escenario mundial y el escenario europeo. Lo que pasa es que nosotros hemos accedido más tarde a esta llegada de la inmigración que Europa. De ahí que el último año, el 22 por ciento de los inmigrantes que llegaron a Europa, vinieron a España, junto con el 24 por ciento, que llegaron a Alemania.

Voy a intentar resumir lo que pasa en España con la inmigración. Voy a contarles una anécdota personal para hacer un descanso a estas horas del discurso. Yo no es que me diga sabio, pero cuando el sabio apunta a la luna el tonto se fija en el dedo. Por tanto, no se fijen ustedes, que todos son muy listos, en la anécdota, que voy a contar, si no en lo que quiero decir. El 11 de enero de 1976 leí yo mi tesis doctoral sobre la inmigración de campesinos mejicanos a California; se hablaba de espaldas mojadas, se hablaba de los niños migrantes temporeros -que ahora empiezan a preocuparnos aquí, como los diez o quince mil de Andalucía- se hablaba de niños migrantes temporeros que pasaban por más de treinta centros en cuatro o cinco años, se hablaba de discriminación, de explotación, de racismo de las distintas etnias o de cómo consideraban despectivamente a los mejicanos -lo mismo que algunos consideran a los musulmanes en Europa-. Ningún miembro del tribunal, ilustres catedráticos, dijo: ¿y en España alguna vez habrá inmigración? ¿necesitaremos mano de obra? ¿tendremos estos problemas? España no era racista, las racistas eran los otros, los ingleses y sus colonias. Y les puedo decir que había entre los 5 miembros del Tribunal, dos futuros ministros de Educación y Cultura, uno del Centro político, el señor Seara, y otro de izquierdas, el señor Maravall. Lo dijo ayer uno de los intervinientes: el fenómeno de la inmigración en España es nuevo y una sociedad en 25 años no crea imaginarios, actitudes, reacciones consolidadas. Estamos en un buen momento, porque podemos consolidar políticas y sobre todo imaginarios colectivos positivos frente a la inmigración. Yo analicé los libros de texto del 83, y la lucha contra el racismo es clara y manifiesta en todos los textos escolares, y no encontré referencia alguna a que España ha sido, es o puede ser racista. Nuestras leyes son de las mejores, el problema en nuestros países mediterráneos es la aplicación. Por tanto, ¿Es nuevo este fenómeno de la inmigración?. Por ejemplo, en el año 1970 teníamos 148.000 y actualmente se habla de 1.200.000 ó de 1.500.000, es decir, en cuatro años nos hemos doblado. Esto lo saben ustedes. La concentración de inmigrantes, igual que en las escuelas, -la señora ministra ya se lo ha dicho y me ha quitado parte de mis discurso, cosa que le agradezco- está en cuatro o cinco comunidades autónomas, que es donde está casi el 80 por ciento de la inmigración y, por tanto, el 80 por ciento de los niños inmigrantes escolarizados. Pero quiero añadir a ese dato de qué clase social y sector laboral son los padres de los escolares inmigrantes. El 33 por ciento son del sector agropecuario, muchos de ellos temporeros; el 20 por ciento del servicio doméstico y atención a los ancianos; el 15 por ciento de construcción y el 12 por ciento de la hostelería. Es decir, es cierto que tenemos que atender a su lengua, a su cultura y a su religión, pero no nos olvidemos que, después de "muerto Marx, viva Marx". Dicho de otra forma, la

estructura de clases no puede olvidarse en el análisis de la inmigración. Yo cuando defendí en 1976 mi tesis doctoral escribía que el análisis marxista es radicalmente necesario y, a su vez, radicalmente insuficiente, porque el marxismo olvidó el valor de la religión, el valor del simbolismo y el valor de la etnicidad, aunque sea un valor secundario. El problema no es discutir si hay racismo o hay clasismo, sino lo que se llama la discriminación múltiple: te explotan por ser trabajador temporero, y te discriminan aún más por ser inmigrante, y aún más si perteneces a una etnia, que sea poco valorada. Por tanto, la lucha contra el racismo debe ser un frente múltiple, porque la discriminación es por religión, nacionalidad, clase, raza, etnia, género, etc.

En Madrid ha crecido considerablemente la inmigración y por lo tanto los inmigrantes en las escuelas. Aquí hay personas muy interesadas en estos temas, como el Defensor del Menor, la Dirección General de Atención a la Diversidad de la Consejería de Educación de Madrid, que conocen muy bien este preocupante fenómeno del incremento de niños inmigrantes en los Centros Escolares. Madrid ha pasado de un 3 a un 10 por ciento en, prácticamente, cuatro años, en población inmigrante y, como sabemos, está concentrada en unos barrios determinados. Pero Madrid tiene un 10 por ciento de población inmigrante, Berlín tiene un 13 por ciento, Bruselas un 19 por ciento, París un 18 por ciento, Londres un 21 por ciento, Toronto un 42 por ciento, Nueva York un 56 y Chicago un 62 por ciento. Y ya que nos gloriamos de pertenecer al mundo desarrollado, aún no está sobredimensionado el número de inmigrantes en España. Nosotros consideramos escuelas gueto, cuando se pasa del 50 por ciento, el número de inmigrantes; en Holanda se considera escuela guetos cuando el número de inmigrantes supera el 70 por ciento. Y voy a dar otros datos del años 2000, ya que muchas veces pregonamos estar a nivel europeo: España tenía 11 alumnos extranjeros en educación infantil por cada mil, en Italia tenía 13, Francia 58, Bélgica 88, Alemania 152 y Austria 115. El problema de la escuela gueto no es que haya muchos inmigrantes, sino que no tengan los medios, recursos y profesorado adecuados para atenderlos. A veces, cuando voy a este tipo de escuelas multiculturales, les digo a los alumnos que son muy afortunados, porque se están educando en un espacio multicultural, que va a ser el mundo del futuro. ¿Qué más gueto que las escuelas de Somosaguas y de La Moraleja? ¿Tienen problemas?. Si queremos gastar en educación de niños "genios", el mismo dinero que en una escuela de niños "normales" y pagar a los profesores lo mismo, la escuela no funcionará. El problema no es sólo que la escuela sea diversa por los diferentes tipos de alumnos, en este caso inmigrantes, sino que la educación de la diversidad necesita muchos más recursos, pero a la postre es más enriquecedora.

Quiero terminar refiriéndome al multiculturalismo. No creo en el choque de civilizaciones; no creo en las tesis de Giovanni Sartori, sobre que existen grupos no integrables, en este caso los musulmanes; admiro al profesor Miquel Azurmendi, incluso me considero amigo, pero no estoy de acuerdo en su posición teórica, aunque académicamente se pueda discutir. ¿El multiculturalismo es una gangrena? Sí, puede terminar en una gangrena, pero si se termina ahí el análisis, estoy diciendo una falsedad; ¿el matrimonio termina en el asesinato de la esposa? Pues sí, cómo voy a negar que haya matrimonios que terminen matando el esposo a la esposa. Pero eso no es el matrimonio. No todos los matrimonios terminan en el asesinato. Usted no puede hacer equivaler el multiculturalismo a un posible caso de "gangrena" social, porque hay muchos otros casos de multiculturalismo y la mayoría son enriquecedores, no terminando en "gangrena" social, sino en un mestizaje cultural civilizador.

Respeto a otras "raras" costumbres de los inmigrantes, como es el caso del Chador. Yo ese mismo día llamé al Consejero de Educación de Madrid para decirle que había tomado una acertada decisión: que el derecho a la educación de la niña estaba antes de llevar velo o no velo. Yo soy de pueblo y he visto siempre a mi madre y a mi abuela con velo y, aunque vivía en una familia donde mandaban más las mujeres, he visto siempre mandar más a los hombres. Las costumbres y la cultura son algo cambiante, todas las lacras que se pueden afirmar de algunas culturas y religiones, como dominación de la mujer, la iglesia mandando sobre el poder civil o que las mujeres no pudieran comprar -todo esto lo hemos tenido nosotros, los cristianos occidentales, pero somos muy olvidadizos-. Por tanto, tenemos que

ayudar a nuestros compañeros musulmanes a superar lo que pudiera ir va contra los derechos humanos y contra las normas constitucionales. Los extranjeros deben respetar las normas constitucionales y los valores democráticos, pero comparar el llevar velo con, por ejemplo, la lapidación de la adúltera o con la ablición del clítoris, no es sólo exagerado, sino perverso. Es como si yo comparo la bofetadita que dio mi padre a algún niño en la escuela, con la paliza a muerte que se puede dar a una persona; o comparara un piropo, a lo mejor inoportuno, que se le dice a una mujer, con una violación. Por consiguiente, hay muchos tópicos; y lo importante -y el desafío educativo- está en generar una actitud positiva de los alumnos frente a otros pueblos y culturas, educándoles a convivir en la diferencia. Yo estoy haciendo una macro investigación con una muestra de más de 20.000 escolares, unos a nivel de redacciones, de 10 a 14 años, y otros a nivel de mayores (14-19 años), para comparar las actitudes sobre una serie de preguntas que vengo planteando desde el 86, 93, 97, 2003. Una de ellas es: ¿si de ti dependiera, los echarías de España? Es una pregunta clave. Otra es si la "raza" blanca u occidental es superior a otras "razas" y culturas, etcétera, etcétera. Mi hipótesis es que han crecido, en los últimos seis años, preocupantemente las actitudes negativas, aunque no se expresen públicamente en el colegio, particularmente contra el mundo árabe y, en concreto, contra los marroquíes. Esto es una alerta; ha crecido el rechazo a la inmigración, aunque se sigue manteniendo mayoritariamente el discurso de que queremos una España de muchas culturas. El que exista un 10 por ciento en 1997 que votarían a Le Pen, que se declara racista, o un 3 por ciento que le gustaría salir a la calle a dar palizas a los moros y a los negros, son minoría, pero yo no quisiera vivir en un barrio donde existiera un loco que se dedica a quemar coches o a violar. Los racistas militantes son pocos, pero muy peligrosos. España tiene, en comparación con Europa, menos agresiones racistas que otros países, pero es que nosotros tenemos mucha menos inmigración, en torno a un 3 por ciento; Francia tiene un 9 por ciento, como Alemania. España representa uno de los países las actitudes más abiertas y tolerantes, aunque hay que tener sumo cuidado, pues nuestro discurso público es muy solidario, pero últimamente se está perdiendo la corrección política y se dicen muchas cosas muy preocupantes en referencia a la inmigración, como la asociación entre delincuencia e inmigración.

Pero ustedes, los que están en el mundo de la educación, pueden construir una sociedad y una escuela mucho mejor: más solidaria, más pacífica, más democrática, más tolerante, más hospitalaria, más multicultural. Tengo que decir que es difícil, pero yo creo en las utopías; las utopías de hoy son las realidades de mañana. Siento que se me acabe el tiempo, cuando tengo aún casi una cuarta parte de mi conferencia escrita, sin haberla expuesta.

Podemos terminar con las palabras de Helder Cámara, que dice: cuando uno solo sueña en un mundo solidario, mestizo, bueno, sin guerra, es un sueño, una fantasía, una ensoñación; pero cuando son muchos, los que sueñan juntos, como somos nosotros y nosotras, aquí y ahora, el sueño comienza a hacerse realidad.